

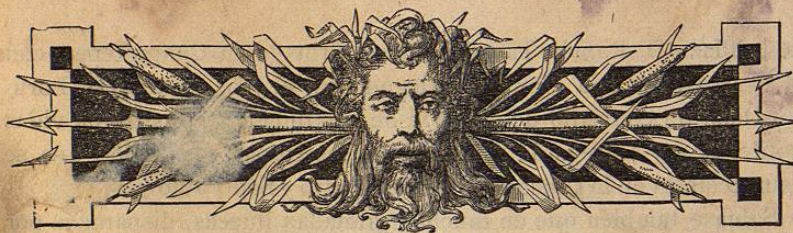
PQ 7183 1

04

V.3



FONDO BIBLIOTECARIO
VALVERDE Y TELLEZ



QUINTA PARTE

De 1867 á 1876

DEMOSTRACION DE AFECTO

AL SR. D. MANUEL A. MERCADO

CAPITULO PRIMERO

1867.

Poco he visto ó recuerdo tan pavoroso como aquella tristísima noche del jueves 20 de Junio de 1867, última del gobierno imperialista en la Capital.

A la melancólica luz de la luna llena, y buscando el amparo de las intensas sombras que los edificios proyectaban, pequeños grupos de dos ó más personas corrían con rapidez las rectas calles y daban vuelta en las esquinas con marcado apresuramiento, cual si despistar quisiesen á quien por acaso les siguiera. Aquí y acullá percibíanse retenidos golpes de llamada, dados en las puertas de los zaguanes, que eran abiertos y vueltos á cerrar con temerosa precaución. Todas esas gentes, que parecían huír las unas de las otras, iban cuidadosamente embozadas y conducían pequeños bultos, cual si fueran á emprender algún corto viaje. De vez en cuando podía sorprenderse un tierno beso de despedida, un sollozo irreprimible, unas cuantas palabras del principio ó fin de una oración angustiada.

Sabiase que en la tarde de aquel día, por más señas consagrado por la Iglesia á la festividad del *Corpus*, los Grales. D. Miguel Piña, D. Carlos Palafox y D. Manuel Díaz de la Vega, representantes del Jefe

003413

de la Plaza D. Ramón Tavera, habían firmado en Chapultepec, con el Gral. D. Ignacio Alatorre, delegado por el Jefe sitiador D. Porfirio Díaz, un convenio de cesación de hostilidades, respecto de vidas é intereses, y entrega de la ciudad por las tropas imperiales, que se acuartelarían en la Ciudadela, en San Pedro y San Pablo y en Palacio.

Sabíase también que en muchas granadas huecas, disparadas por los sitiadores aquella tarde, durante el fuego de cañón que á modo de salva hicieron en toda su línea, habían llegado copias de un parte de Querétaro, en que se comunicaba haber sido fusilados, á las siete de la mañana del anterior día 19, en el cerro de las Campanas, el Emperador Maximiliano y sus Grales. D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía, si bien, á decir verdad, la mayoría de las personas que de ello hablaban, lo creían falso de toda falsedad y sólo un ardid de guerra para desmoralizar á los sitiados.

—¿Cómo es creíble— observaban,— que los republicanos, que sólo son fuertes porque la cobarde Francia ha traicionado al Imperio, retirándose ante las amenazas de los Estados Unidos del Norte y entregando á los cabecillas juaristas las plazas que se habían comprometido á guarnecer, se hayan atrevido á fusilar á un Príncipe Real, al que pronto vengaría toda Europa cayendo sobre México con la inmensidad de su poderío?

Realmente, á los cándidos partidarios de las ideas monarquistas, debía parecer increíble que los hombres de la República hubieran osado dar tan terrible prueba de su inflexible voluntad de salvar de una vez los obstáculos é impedimentos que hasta allí se habían opuesto al definitivo planteamiento del sistema liberal. Pero fuese ó no fuese cierto lo de la muerte violenta del Emperador, era innegable que su Lugarteniente, el Gral. D. Leonardo Márquez, entregaba la plaza de México al Jefe republicano, que la tenía sitiada casi desde el 11 de Abril, y por sí ó por no, bueno era evadirse á los saqueos y persecuciones á que sin duda iban á entregarse las tropas victoriosas. A estos temores y precauciones obedecía aquel ir y venir de gentes, á que hice referencia en las primeras líneas de este capítulo.

Yo, que con ese delicioso desconocimiento del peligro que distingue á la juventud, habíame negado á dejar la Capital durante los setenta días del sitio; fuí de los que no durmieron esa noche del 20 de Junio en su casa, no porque personalmente tuviese nada que temer de los liberales, sino por lo que acontecer pudiese por el hecho de que en ella moraba también una digna y virtuosa señora que, después de haber merecido honoríficas distinciones de la ya infortunada Emperatriz Carlota, vivía modesta y pobremente con el producto de las pensiones que se le satisfacían por la educación de señoritas de distinguidas familias, para las que en dicha casa había abierto un colegio pocos meses antes.

No quiero por esto decir que yo temiera que los liberales se ensañaran contra una dama tan respetable y llena de virtudes y de méritos femeniles; sin duda tampoco lo temía ella, y, no obstante, también dejó por esa noche su casa.

Nuestra conducta se explica con el hecho de que allí, en la espaciosa sala, habían venido verificándose diarias tertulias, á que concurrían altos funcionarios de la administración imperial. Allí conocí al terrífico Lugarteniente del Archiduque, con su espantosa cicatriz mal disimulada en parte, por la áspera barba entrecana. Me refiero al Gral. D. Leonardo Márquez. Aun me parece verle serio y reservado, como en guardia contra toda manifestación, siquiera fuese inconsciente, de espanto ó de horror que pudiera inspirar su fama de cruel guerrero, y, á la vez, extremadamente afable, franco y comunicativo para con todo aquel que, ignorante de sus hechos ó fingiendo ignorarlos, sin tocar asuntos políticos, buscaba en su conversación social esparcimiento. Era un bueno y animado conversador, muy instruído, muy perspicaz y muy exacto en sus juicios y en sus críticas. Por lo regular, permanecía corto rato en las tertulias susodichas, y si por acaso, y el acaso era comunísimo, pues la Capital estaba sitiada, percibía, por lejano que fuese, un disparo ó un toque de corneta, suspendía toda conversación y se retiraba sin despedirse en particular de nadie, haciendo brillar en sus ojos una mirada indefinible de esperanza y de desaliento, mirada propia del militar entero y valeroso que se ve cercado y sabe que le es imposible romper el cerco. Ni éste es lugar para juzgarle, ni yo me estimo apto para ello, y sólo puedo decir que más de una vez me infundió respeto y compasión la desventura de aquel hombre, viva efigie del caudillo de fraticidas guerras, casi por igual aborrecido de los conservadores y de los liberales, y agradable y simpático en su trato, siempre que podía descargarse del peso de su personalidad política en un círculo indiferente á ella.

Por fortuna, todo sucedió muy á la inversa de lo que se temía. A las seis de la mañana del viernes 21, los cohetes y repiques anunciaron que el ejército liberal, tomaba posesión de la ciudad, sin que ocurriese ni el más mínimo desagradable incidente; el sistema imperial era un verdadero cadáver, é indignidad hubiese sido insultarle cuando aun estaba insepulto. Los republicanos no cometieron esa indignidad. El orden perfecto, la prudencia caballerosa, la moderación en porte y en palabras, que, sin hacer gala de ello, mostraron los vencedores en esos instantes solemnísimos, honrará siempre al ilustre Gral. en Jefe D. Porfirio Díaz.

La población, contenta y satisfecha con aquel otorgamiento de garantías, abrió poco á poco ventanas, balcones y puertas, y fué de ver cómo á lo largo de las calles se estableció un activísimo comercio de toda especie de comestibles, que á exagerados precios realizaban los

cientos de vendedores ambulantes, á quienes permitió libre entrada el Jefe republicano. Semanas hacia que los sitiados casi tenían en olvido el pan, la leche, la carne de res, las verduras, la fruta, los tamales y las tortillas, y excusado parece decir con cuánta ansia sería todo ello buscado y devorado por estómagos ahitos de tortillas de almidón y de garbanzo, pastas de frijoles, galletas, carne de caballo, de perro y de gato, y cien inmundicias ó indigestas ó repugnantes.

Pero por más que todos aplaudieran la hidalga conducta del ameritado primer jefe, por más que mucho se animase la ciudad con la entrada en ella de numerosas familias que, siendo sus habituales moradoras, habíanla abandonado en el curso del sitio para ir á residir en los pueblos de los alrededores, nada pudo quitarle el aspecto verdaderamente triste y pavoroso que había tomado desde la noche del 20. En cumplimiento de su deber, el nuevo Jefe Político, D. Juan José Baz, había llenado las esquinas de bandos que ordenaban la presentación ante las autoridades, de todos cuantos hubiesen desempeñado cualquier empleo ó comisión del llamado Imperio: el término señalado para esas presentaciones era de veinticuatro horas, pasadas las cuales, cuantos no hubiesen obedecido el bando serían considerados como aprehendidos con las armas en las manos y castigados con pena de muerte. En el término de cuarenta y ocho horas debían las comunidades religiosas desocupar los edificios que las albergasen, y éstas y otras disposiciones de menor cuantía, pero todas dolorosas ó mortificantes para los míseros vencidos, iban acompañadas de conminaciones de durísimas penas para los rehacios ó desobedientes.

Los edificios de Santa Brígida, de la Antigua Enseñanza y algunos otros, viéronse bien pronto poblados de personas del partido caído, las más de ellas de las más elevadas clases sociales, y sus familias, en señal de duelo, quizá en son de muda protesta, vistieron negros trajes, y, por donde quiera, apenas veíanse más que señoras de riguroso luto.

El jefe republicano pareció no dar importancia á esas y otras manifestaciones de aflicción y despecho, que después de todo acusaban la meritoria enérgica independencia del carácter nacional, y en cuanto estuvo en su mano fué generoso y clemente con la multitud de los detenidos en las improvisadas prisiones, que más que cárceles políticas semejaban hoteles en que sus forzados habitantes no carecían de cosa alguna, ni aun de las visitas y compañía de sus amigos, allegados y familiares. Cuantas disposiciones se juzgaron necesarias para mantener el orden más perfecto y dar las más latas garantías á personas y propiedades, otras tantas fueron dictadas por el Gral. Díaz, y para tener á raya á los poco educados, prohibiéronse la introducción y venta de pulque, cerveza y licores, los juegos de toda especie, la portación de armas, el intentar daño alguno contra los edificios

públicos ó particulares, etc., etc., y nadie estorbó que las alacenas de los Portales de Agustinos y el Refugio se convirtiesen en expendios de tarjetas fotográficas de retratos de Maximiliano, de sus generales muertos con él, del Cerro de las Campanas, del chaleco y las ropas que el Príncipe llevaba al ser fusilado, del coche que le condujo al suplicio, de los soldados que le ejecutaron, de ciento y una alegorías que le representaban como un mártir ó como una víctima

A los ocho días de ocupada la ciudad, el Teatro Principal abrió de nuevo sus puertas, poniendo el viernes 28 la comedia en tres actos *La Africana* y la zarzuela en uno *El Niño*: el sábado dió, *Para mentir, las Mujeres* y *La Cola del Diablo*, y el domingo *Otro gallo le cantara*. En la Compañía figuraban Mata, Morales, Padilla, Servín, la Cañete, Rosario Muñoz, Josefa García y otros gloriosos restos de ya viejas empresas, con algunos elementos más jóvenes como Rita y Ana Cejudo y Concha Méndez, por entonces en todo el esplendor de su gracia y su belleza.

El 5 de Julio esos apreciables artistas pusieron en escena la comedia *Por derecho de conquista*, y Máiquez ejecutó el *baile inglés, trayendo en cada pie seis cuchillos*. En un entreacto la Compañía cantó el Himno Nacional, y poniéndose en pie todos los concurrentes, una niña presentó al C. Gral. Porfirio Díaz una primorosa faja, regalo de varias señoras, y expresión del agradecimiento de la Capital al ilustre y moderado jefe republicano. En ese momento la simpática Ana Cejudo dió lectura á una composición del poeta español D. Sebastián de Mobellán, de la que tomo las siguientes quintillas:

“General, al verte ahí
libre late el corazón,
porque tu nombre es aquí
emblema que lleva en sí
las glorias de esta nación.

“Oaxaca te vió temido
y Puebla te vió venciendo,
y vencedor ó vencido
tu bandera es la que ha ido
ó conquistando ó rindiendo.

“México vió tus legiones
en sus afanes prolijos,
y al saludar tus pendones
exclamó: con tales hijos
no se pierden las naciones.

“... Cifre esta faja de honor
que las damas mexicanas

ofrecen á tu valor,
y sea el blasón mejor
que honre en la vejez tus canas."

La función del día 7 estuvo dedicada al Gral. D. Vicente Riva Palacio, y en ella se dieron las comedias *Una nube de verano* y *Abrame usted la puerta*.

Al día siguiente, lunes 8 de Julio, México presenció un terrible y repugnante espectáculo. Por una cobarde denuncia, cuyos pormenores no recuerdo, á las seis de la mañana fué descubierto y aprehendido en la casa núm. 6 de la calle de San Camilo, el General Imperialista D. Santiago Vidaurri, y conducido con una fuerte escolta al edificio de la Diputación ó Casas de Cabildo ó de Ayuntamiento.

En las mismas tertulias de que no ha mucho hablé, conocí á aquel infeliz anciano, que á mediados de Marzo habíase presentado de improviso en la Capital, revestido de plenos poderes del Emperador para gobernar en su nombre como Presidente y Jefe del Ministerio. El Gral. D. Leonardo Márquez no quiso respetar esos poderes y entró con Vidaurri en agrias contestaciones, que terminaron imponiéndosele aquel y retirándose del gobierno el segundo, pero ya bastante tarde para que le fuese posible salir de la ciudad, tenida en estrecho sitio por D. Porfirio Díaz.

Pocas veces se habrá visto un hombre más decepcionado de la política que Vidaurri: el progreso de la resurrección de la República, y las catástrofes de la Intervención y el Imperio, teníanle anonadado, y en su pintoresco lenguaje de sencillo *ranchero*, cuántas tristes confidencias me hizo en aquellas tertulias, concluyendo siempre con manifestarme su ansia de poder escapar del riesgo en que se veía, "para ir á radicarse en las provincias andaluzas y adquirir allí un cortijo, y en él morir consagrado á los trabajos de campo que, en mala hora, decía, había abandonado, para tomar las armas como tantos y tantos ciudadanos contagiados de la fiebre de guerra civil, que más que el cólera de 1833 había diezmado la República."

Su mala suerte no le dejó cumplir sus deseos: Márquez, más comprometido aún en las cosas imperiales, logró escapar de México, dícese que después de haber estado varios días oculto en un nicho del cementerio de los Angeles; Vidaurri fué denunciado, descubierto y aprehendido, según dije, cumpliéndose en él la espantosa amenaza del bando de 21 de Junio, que imponía pena de muerte á quien no se presentase voluntariamente á las autoridades, debiendo hacerlo por haber servido al Imperio. El infeliz anciano, envejecido en las guerras, no alcanzó el honor de perder la vida en un campo de batalla, y en el mismo día de su aprehensión fué sacado de las casas del Ayuntamiento y conducido en el coche de sitio núm. 20 á la Plazuela de

Santo Domingo: allí, frente á los derruidos paredones que ven al Oriente y casi donde hoy se abre la puerta de la capilla del Señor de la Expiración, como á las cuatro de la tarde fué fusilado por la espalda dicho Gral. D. Santiago Vidaurri, con lujo de crueldad.

El Boletín Republicano, primer periódico liberal que se publicó en México, al ser tomada la ciudad por el Gral. Díaz, y que estuvo dirigido y redactado por el distinguido y simpático escritor D. Lorenzo Elizaga, dijo en su número de ese día triste y luctuoso: "No podemos dispensarnos de llamar la atención del ciudadano general en jefe, sobre un hecho horrible é indigno de una nación civilizada y de una causa tan santa como la nuestra: la fuerza que formaba el cuadro tenía su Banda al frente y ésta ejecutaba valeses, danzas, polkas y *los cangrejos*, mientras llegaba el ajusticiado. Después de concluido el momento fatal, la música empezó de nuevo á ejecutar piezas del mismo género, hasta que se retiró al cuartel."

En esta burla cruel y escandalosa nada absolutamente tuvo que ver el Gral. Díaz, cuyo proceder humano y conciliador, hasta donde de él dependía, le enaltecerá siempre, y debe ser visto con orgullo y satisfacción no sólo por él, sino por todo mexicano y por cuantos amen á México. Yo fui testigo de ello, y más de una vez encuentro extraño no haberlo visto elogiado al par de sus gloriosos hechos de armas, á los cuales quizá supera en mérito, pues ser y mostrarse clemente y humano en aquellos días en que la prensa y los exaltados vociferaban como energúmenos contra los *traidores*, sin tener en cuenta las desgracias y la aflicción de innumerables familias, sólo podía hacerlo un grande y valeroso carácter como el que el Gral. Díaz demostró tener. Quizá como entonces el digno jefe no alcanzaba la prosperidad que ha recompensado después sus méritos, pocos de sus entusiastas de hoy se imaginan que desde allí comenzaron sus grandes cualidades para merecer la suprema autoridad. Atendiendo la generosa denuncia de *El Boletín Republicano*, periódico que fué el primero que en ese mismo año de 1867 le postuló, contra el mismo D. Benito Juárez, para la Presidencia de la República, el Gral. Díaz mandó abrir una averiguación y hacer el consiguiente extrañamiento al responsable. Revivo estos sucesos olvidados, no sólo en honor de D. Porfirio Díaz, sino en el de D. Lorenzo Elizaga y del *Boletín Republicano*, primer periódico mexicano en que yo hice mis inexpertos ensayos como periodista y como poeta.

A las nueve de la mañana del 15 de Julio, el ilustre D. Benito Juárez y con él sus Secretarios y el gobierno liberal, hicieron su solemne entrada en México después de cuatro años y cuarenta y cinco días de ausencia, y en el Gran Teatro Nacional los actores del viejo Coliseo le ofrecieron en la noche del 18 una escogida función, según el siguiente programa: Himno Nacional por los coros de la Opera y